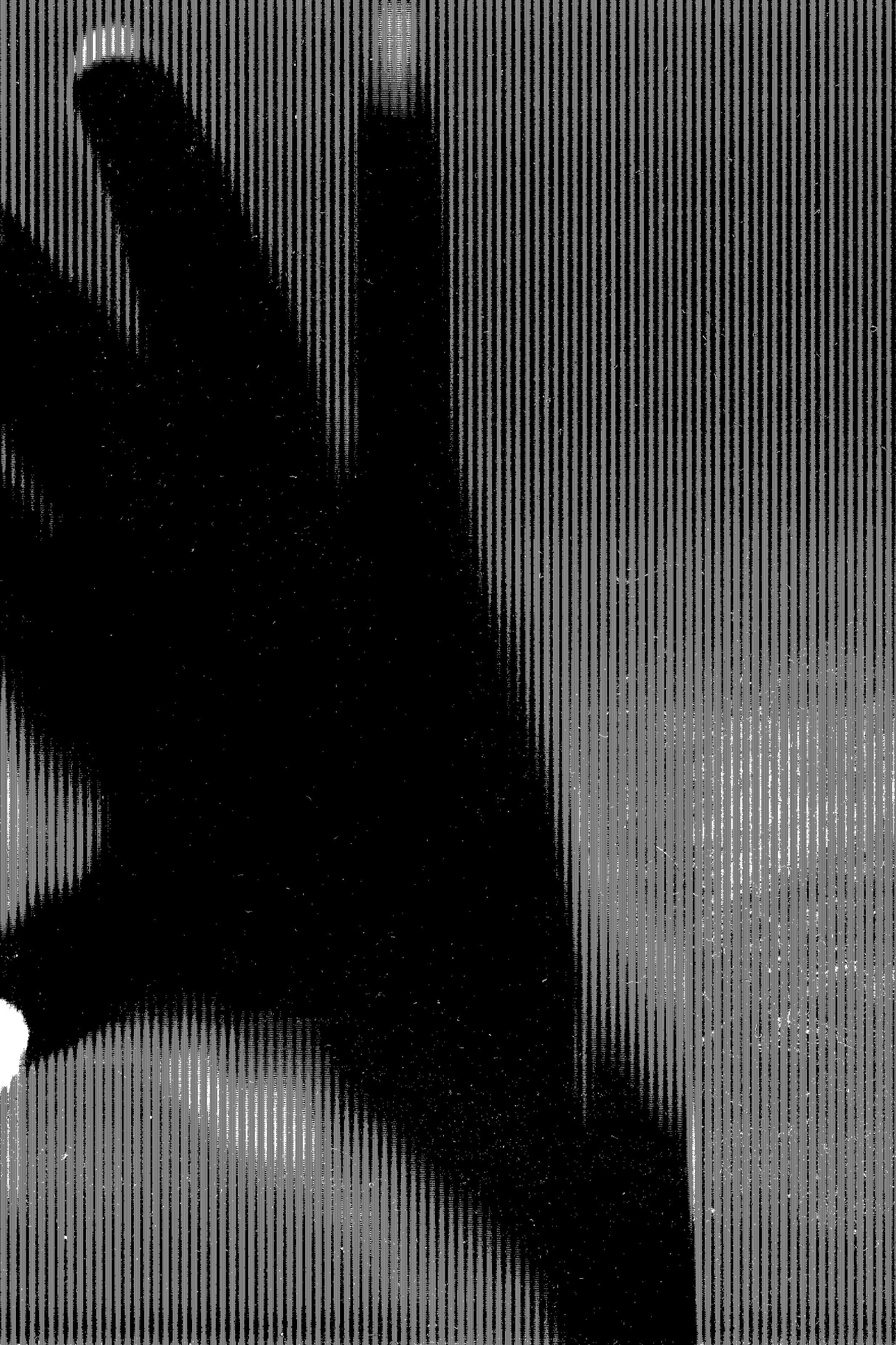
BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA

DICIEMBRE
1930

AGENCIA ESPAÑOLA DE
THE STAR PUBLISHING TRUST



BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA

Núm. 12 **1930** **DICIEMBRE**

SUMARIO

EL STAR PUBLISHING TRUST, DE EERDE, OMMEN, HOLANDA, PUBLICA EN INGLÉS EL «BOLETIN INTERNACIONAL DE LA ESTRELLA», SIENDO LOS EDITORES LADY EMILY LUTYENS Y D. RAJAGOPAL, M. A., LL. B. (CANTAB.)

EDITOR: FRANCISCO ROVIRA

DIRIGIR LAS SUSCRIPCIONES AL EDITOR: APARTADO 867, MADRID, ESPAÑA

PRECIO: PARA ESPAÑA Y AMÉRICA, OCHO PESETAS AL AÑO (DOCE NÚMEROS); PARA OTROS PAÍSES, DIEZ PESETAS. NO SE ENVÍAN RECIBOS A MENOS QUE SE NOS REMITA EL IMPORTE DEL FRANQUEO. PRECIO DE UN NÚMERO SUELTO, SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS DE PESETA. LOS EJEMPLARES SE ENVÍAN A RIESGO DEL SUSCRIPTOR.

PUBLICADO POR LA AGENCIA PARA ESPAÑA DE

T H B S T A R P U B L I S H I N G T R U S T

La montaña desciende hasta las saltadoras aguas

Pero su cima está oculta en una nube obscura.

En el tocón muerto de un pino

Crece una delicada flor.

La esencia de mi amor es la Vida

Y en su sendero no existe la muerte.

— J. Krishnamurti

The mountain comes down to the dancing waters
Bu its head is hidden in a dark cloud.

On the stump of a dead pine
There grew a delicate flower.

The substance of my love is Life
And in its pathway there is no death.

— J. Krishnamurti

LA CESACIÓN DEL TEMOR

CHARLA POR KRISHNAMURTI

Miércoles, 23 de Julio. Reunión de verano.

Si no entramos en contacto con la vida, en nuestra actuación, que lleva consigo la selección y el continuo discernimiento, no habrá posibilidad de una plena realización del yo. Tal realización puede llegar únicamente por el desgaste continuo de la individualidad. Pero si la acción nace del temor, esta acción pugnará por moldearse según un tipo determinado. El temor se produce principalmente por buscar la comprensión o la realización del yo fuera de vosotros mismos, por buscar algún Ser superhumano que os salve de esa obscuridad que os rodea en vuestra acción. Cuando existe el temor, tratáis constantemente de devenir; pero devenir no es sino imitación causada por el miedo. Siempre que la acción proviene del temor, esa acción, en lugar de libertaros, os enreda más aún. La verdadera acción es la eliminación continua, el desgaste de la autoconciencia, que conoce la separación. Pero si la acción surge del temor, de ese temor viene la formación de sectas, de grupos mojigatos de individuos que se reunen en su devenir.

Una secta, como una corporación, no puede aproximarse a la verdad, porque la verdad es una realización del individuo, un esfuerzo individual e interno. Por el hecho de adheriros a un cuerpo no llegaréis a la plena realización del ser. Por eso insisto en que la posibilidad de esa plena realización solo está en el individuo. Una secta o un grupo nace cuando hay muchos que tratan de imitar un tipo —no la verdad completa, sino un segmento de la misma. En el devenir va envuelto el temor, y cediendo a él se acrecienta ese temor, y por consecuencia se multiplica la ilusión. En este devenir basado en el temor, existe el deseo de tener, de poseer, de ser guiado. Así se forman los grupos mojigatos que buscan la verdad; pero a la verdad no se llega nunca por grupos o sociedades. La verdad se percibe únicamente por el esfuerzo individual.

La verdad no es darse cuenta de la existencia autoconsciente. Si

sólo imitáis tratando de convertiros en un tipo determinado, siguiendo una fórmula establecida, cedéis al temor, y, por tanto, éste se multiplica. El hombre que carezca de temor debe comprender que, aunque varíen las formas de existencia individual, aunque cambien las expresiones de la autoconciencia, aunque la vida se manifieste de modos diferentes, fundamentalmente, la vida es una. Cuando os déis cuenta de esto, cesará todo temor. Entonces no existirá ya el intento de devenir, sino únicamente de ser. A través de estos esfuerzos llega una intuitiva comprensión de la unidad del ser, que en los momentos extremos de gran lucidez de la razón (que son intuición) cada uno siente y percibe dentro de sí. La tarea de la existencia individual consciente de sí misma consiste en darse cuenta de la completa potencialidad de este hecho, que cuando se percibe plenamente, la individualidad se funde en el todo y llega a su plenitud.

La cesación del temor es el comienzo de ser; y ser es armonía, perfecto equilibrio en todas sus expresiones. Para ser no se requiere imitación, ni formar grupos o sectas, ni reunirse como un ejército bajo un jefe en el mundo de caos. Ser es condición inclusiva, en la cual no hay percepción de «tú» y «yo». Cuando percibís el «tú» y el «yo» hay falta de armonía, que se debe a un esfuerzo por devenir, en el que va envuelto el temor. La separación se produce por ese ego o esa personalidad que no es sino la existencia autoconsciente del individuo; y de esta separación de la individualidad consciente de sí misma, surgen el anhelo y la ilusión. La individualidad no es un fin por sí misma. La individualidad es imperfección; está en el proceso de devenir hasta que llega a ser.

Devenir es esfuerzo, ser es la cesación del esfuerzo. Siempre que hay esfuerzo, hay conciencia de él, y por eso es imperfección. Ser no es sino la pura percepción de la existencia sin esfuerzo. Estas son palabras que debéis traducir en términos de intuición, que es la razón en su más elevada forma. Para llegar a este ser, debéis atender al deseo producido por la existencia autoconsciente. Cuando comprendáis el deseo, de dónde surge y a dónde va, el deseo se convierte en una preciosa joya a la que os unís y a la que continuamente cinceláis y refináis. Tal deseo es el origen de la verdadera disci-

plina, no de una disciplina determinada, sino de una disciplina que varía de manera progresiva hasta que se llega al ser puro.

El deseo busca la inalterable felicidad. En la pesquisa de felicidad busca primero las posesiones que incluyen la codicia, la envidia, etc. Después llega el próximo estado, el placer de las cosas sutiles. Antes de que lleguéis a ese gozo sutil, debéis dominar los deseos físicos, los placeres groseros, con la comprensión del objeto de la existencia individual. La mayor parte de los individuos llegan a ese dominio de los placeres físicos, tarde en su vida, ya de viejos, después de haberlos experimentado sin entendimiento. Con el cansancio, con la falta de energía, viene el gobierno natural, inconsciente, que no es el de la comprensión.

El hombre que quiera libertarse de ilusiones y apetitos, debe tener perfecto dominio de su cuerpo—dominio por comprensión, no por supresión o represión. El dominio llega con el deseo de entender el objeto de la existencia individual y su plenitud. La mayoría de la gente suprime sus deseos por temor; pero eso no es dominio, es la muerte. En el verdadero dominio hay ligereza, actividad, el cuerpo está activo pero tiene freno.

Después debe haber dominio sobre las emociones, que no son sino una forma de gozo más sutil. A través de la emoción, de nuevo el deseo busca la felicidad. Empleo la palabra *dominio* en el sentido de disciplina impuesta por uno mismo con entendimiento, no es el dominio estúpido que os deja amargura, dureza, crueldad, rudeza.

La disciplina impuesta por uno mismo está llena de benevolencia y reflexión, es suave, no áspera. Si os perdéis en vuestras emociones, en fantasías, en romanticismos y misterios, de nuevo caéis en la ilusión y el anhelo, y os esforzáis por devenir. De igual modo tiene que haber dominio mental. La función del intelecto es tender un puente sobre el abismo que hay entre la acción y la intuición. Debe guiar, no dominar, y así logrará la perfecta armonía.

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Martes, 22 de Julio. Reunión estival.

El intelecto debería actuar a manera de puente entre esa intuición que es la meta del pensamiento y el sentimiento, y el mundo de acción. Tan pronto como el intelecto establece ese puente, su función cesa. Las palabras deberían también servir de puente para la comprensión. Yo uso palabras corrientes con una intención determinada, dándoles un nuevo significado.

Pregunta: Habéis dicho que cada uno de nosotros debería restringirse a un mínimo absoluto de posesiones. Esto me parece que está en contradicción con todo lo que yo comprendo de vuestras enseñanzas. Colocar las posesiones sobre una base cuantitativa como esa, puede tan sólo conducir a una manía de pobreza y a interpretar una virtud espiritual en términos cuantitativos. El cuento del Sanyasi que se apega a su hábito, o sea a lo mínimo, más que el Rey a su palacio, es decir, a lo máximo, prueba seguramente que la cantidad nada tiene que ver con el asunto.

KRISHNAMURTI: No es cuestión de cantidad, ni de si hay un mínimo o un máximo. Ante todo debe haber desapego, y después, si tenéis posesiones o no es de muy poca importancia; que tengáis un mínimo o un máximo, nada importa. La cuestión es si estáis apegados a ellas o no. Siempre al explicar algo, trato de contradecir lo que he afirmado. El cuento del Rey y el Sanyasi demuestra que no es cuestión de mínimo o de máximo, sino de reconocer que vuestra felicidad, que vuestra lucidez de pensamiento y emoción, no dependen de las posesiones. En una palabra, debéis tener desapego. Una vez que comprendáis el verdadero valor de las cosas, automáticamente quedaréis desligados de todas ellas. Por lo tanto, debéis averiguar si estáis desligados o si dependéis de las posesiones materiales. Podéis tener una multitud de posesiones y estar completamente desligados de ellas, o tener dos hábitos y estar apegados a

ellos. Si estáis apegados a las cosas, tenéis que aprender a desprenderos de ellas.

Pregunta: Me parece que la forma en que habéis explicado el valor de la conducta en lo que se refiere a la emoción, tiene el peligro de crear el mismo concepto equivocado que el expuesto en la última pregunta acerca de las posesiones, a saber: que presenta al amor como desarrollándose por una especie de proceso cuantitativo. Nos decís que empecemos por amar a una persona y extendamos luego ese amor a muchas, y así sucesivamente hasta que abarque al mundo entero. Esta fórmula cuantitativa me parece fatal. Ni la multiplicación, ni la división, pueden conducir a lo eterno.

KRISHNAMURTI: El mundo del ser, el mundo de la realidad, la verdad que es el Yo, es la consumación de todo amor. El amor incluye todas las divisiones de sus opuestos—odio, envidia, celos, ánsia de posesiones, etc. A esa totalidad, la llamo amor. Ese Yo, esa verdad, es todo. Una vez que hayáis comprendido esto, ya no traduciréis el amor como conducta moral. Cuando amáis a una persona, incluís en ese amor los celos, las posesiones egoístas, la anhelante solicitud con que guardáis ese amor. Cuando trascendéis eso, sois capaces de amar a todos, sin tener en cuenta el objeto. Así, no es un proceso cuantitativo.

Con el verdadero amor podéis ir verticalmente hasta lo último: no necesitáis atravesar horizontalmente el proceso cuantitativo. Por eso debemos comprender primero qué es esta totalidad de la vida, qué es el Yo, qué es lo real y cuál es la naturaleza del ser y del amor puros. La vida es la consumación de todas las cosas, de todos los opuestos, no tiene atributos ni relaciones especiales; es producida por sí misma, existe por sí misma. No podéis atribuirle conducta moral o inmoral, o decir que es todo amor o todo odio. Es todas las cosas; es lo mismo el sujeto que el objeto. Cuando hayáis comprendido esto, el amor tendrá para vosotros distinto significado, en el que estarán incluídos todos sus opuestos.

Si amáis con la mente y no con el corazón, haréis del amor algo intelectual, trataréis de averiguar las razones de vuestro amor. Esto

es, consideraréis si la persona en cuestión es bien parecida, si es rica, si tiene posición social, posesiones valiosas, etc., etc. Dividiréis, mientras que en realidad amar es incluirlo todo.

Pregunta: ¿Se puede llegar, habiendo alcanzado la unión con la vida universal, a estar unido conscientemente con las personas que han muerto?

KRISHNAMURTI: Cuando existe unión con la vida, no es cuestión de vida o muerte, ni del amado presente o ausente—hechos que pertenecen al mundo del tiempo y del espacio. Os aproximáis a estas cosas, si puedo decirlo así, desde un punto de vista personal. Queréis encontrar la verdad, porque deseáis encontrar a un ser a quien amáis, y al que habéis perdido. Ciertamente esa es una manera muy curiosa de mirar la vida. Esa vida es la totalidad, la suma de todas las cosas, de todas las existencias individuales. La existencia individual conoce la vida y la muerte, pero en la totalidad no hay ni vida, ni muerte. No se puede buscar a un individuo particular en la totalidad. Si lo hacéis es que aún mantenéis divisiones y separaciones.

Pregunta: Os ruego que nos digáis algo más acerca de la cualidad del amor. ¿Es esa compasión que abrasa los corazones y que se siente a veces hacia cada ser humano?

KRISHNAMURTI: La compasion es la mezcla de tristeza y placer, de dolor y alegría. La verdadera compasión contiene los opuestos y entiende a ambos. Si no sabéis lo que es el odio nunca sabréis lo que es el amor—aunque, por supuesto, no os digo que debáis odiar. La idea de que la compasión es amor que todo lo consume, en el que no hay odio, celos, ni envidia, es un error. La compasión es la mezcla de todo eso; lo incluye todo y de aquí que comprenda todas las cosas.

«*Os ruego nos digáis algo más acerca de la cualidad del amor*» ¿Qué queréis decir? ¿Queréis decir que no sabéis amar ni sentir? ¿Cómo podré yo describiros lo que es indescriptible? ¿Si no sabéis amar, cómo podré yo explicároslo? ¿Si carecéis del sentido del tac-

to, cómo podré yo deciros lo que es tocar? No existe persona alguna que no ame, que no sienta. Cuando solicitáis una explicación sobre el amor, la queréis sobrehumana, sobrenatural. ¿De qué puede serviros cuando el amor corriente puede enseñaros todo lo necesario?

Pregunta: Hace algún tiempo empleábais la expresión «Deseáis lo que percibís». ¿En qué sentido usabais la palabra «percibís»? ¿Queréis decir que nosotros deseamos lo que creemos que nos hará más felices, o empleábais la palabra en otro sentido?

KRISHNAMURTI: Cuando percibís la felicidad en forma de posesiones, vuestro deseo anhela posesiones. Cuando teméis mental y emocionalmente, el deseo, en su percepción del temor, crea una imagen para vuestra protección y comodidad. Pensáis que con tener muchas propiedades, una posición social y cosas así, seréis felices. Así trabajáis y ejercitáis vuestra energía; todas vuestras facultades todos vuestros sentimientos están concentrados en esta adquisición. El deseo trabaja continuamente con ese fin particular. En cambio, si vuestra percepción, si vuestra comprensión, es de la felicidad como *ser,* entonces vuestro deseo es realizar ese ser puro, esa existencia sin esfuerzo; y os esforzáis por conseguirlo. De este modo el deseo se convierte en su propia disciplina.

Pregunta: ¿Podéis decirnos algo más acerca de la perfección? ¿Es el reconocimiento del verdadero valor de las cosas, o el desarrollo de nuestras más elevadas cualidades? Si es lo último, ¿no requiere tiempo?

KRISHNAMURTI: El reconocimiento implica experiencia. Para mí la perfección es ser sin esfuerzo, que es la vida pura de la intuición. La intuición, aunque no es pensamiento, ni sentimiento, es la meta del pensamiento, el fin del sentimiento. Si estáis todo el tiempo concentrados, atentos, anhelantes, no consideraréis el tiempo. Pero sino estáis concentrados por completo, constantemente atentos, recogidos, si no tenéis un propósito definido, entonces se requiere tiempo.

En cada momento, seguramente, existe todo el tiempo. Según el modo que tengáis de vivir y comprender ese momento, así comprenderéis la idea total del tiempo. Para el hombre liberado no existe el tiempo. El tiempo cuenta cuando se trata de expansionar la conciencia, no de libertarla. La libertad es ser; la expansión es devenir. Pero el ser, el descubrimiento de sí mismo, la vida que todo lo incluye, se alcanza por medio del esfuerzo constante—esfuerzo impuesto y producido por uno mismo. Después de todo la verdadera conducta es la que se comprende por uno mismo. La moralidad tiene que ser impuesta, realizada y determinada por uno mismo. Buscáis la expansión, el devenir, la multiplicación del «yo soy» en el tiempo, a través de diferentes fenómenos; y para eso necesariamente se requiere tiempo. La libertad del ser, la libertad de la conciencia, no implica tiempo ni espacio, porque en ella no hay multiplicación de muchos «yo soy». Se realiza en un momento, en el que está toda la existencia. Así la liberación no es expansión de conciencia, sino libertad de conciencia.

Pregunta: ¿Cómo distinguiríais entre la reacción emocional o intelectual producida en ún hombre vulgar por una puesta de sol y los pensamientos y sentimientos creadores percibidos en esa puesta de sol por un gran artista o un hombre liberado? ¿En qué consiste la diferencia que existe entre esas dos experiencias?

KRISHNAMURTI: En un caso hay excitación; en el otro no. La excitación significa reacción, y el hombre liberado está libre de toda reacción. Su energía va hacia fuera, las reacciones van hacia dentro. Os ruego que no busquéis las puestas de sol para inspiraros. Eso no es más que transferir a la naturaleza la inspiración que buscabais en un Maestro. Tratáis de *convertiros* en algo, de imitar algo en lugar de realizar vuestro propio ser, en el que yace oculta la suma total de la verdad. No es en la adoración de otro «yo soy» donde encontraréis la verdad. Eso no es más que una ilusión. La felicidad sólo está en la realización del propio ser, que es el ser de todas las cosas.

Pregunta: Os ruego que nos digáis cómo descubriremos las cosas esenciales de la vida.

KRISHNAMURTI: Primeramente la pura vida incluye todo; contiene lo esencial y lo no esencial. Dándoos cuenta de la existencia individual y de su objeto, descubriréis lo esencial, esto es el Yo. No podéis dar a esa totalidad cualidad ninguna de esencial o no esencial; mas por un proceso de discernimiento descubriréis, por vuestra propia experiencia, lo duradero.

Pregunta: Os ruego que nos expliquéis la naturaleza de la acción.

KRISHNAMURTI: La acción, para mí, es creación, vida en creación. No miréis a la creación como cosa manifestada o no manifestada. La vida nada tiene que ver con lo manifestado o lo no manifestado. La vida es creación, ser, y puede resultar manifestada o no. Por consiguiente, la vida es acción en creación—la creación es tanto el objeto como el sujeto. En sí misma carece de objeto y de sujeto. Ser es la verdadera creación—no el hacer una flor, una piedra, ni aun una individualidad. La acción es la totalidad de toda creación.

Jueves, 24 de Julio.

Hay tanto sufrimiento envuelto en la acción que el hombre se vuelve hacia la verdad en su deseo de consuelo. Por esto la verdad se convierte en un asunto de conveniencia, en un refugio, en un manantial de consuelo. Pero la verdad no tiene cualidades, es impersonal. Cuando le atribuís una cualidad denigráis la verdad total, porque no comprendéis la lucha de la vida más que por una sola faceta. Debéis buscar la verdad más allá de los deseos personales, autoconscientes, individuales. Si buscáis confortación establecéis en ese deseo etapas de consuelo variable. Pero la verdad está más allá de toda limitación, más allá del tiempo y del espacio, en los que existe la conciencia individual. Si os aproximáis a la verdad con esa limitación de autoconciencia, no comprenderéis la perdurable felicidad consciente.

Os explicaré la diferencia entre autoconciencia y conciencia. La autoconciencia es el resultado de la existencia individual en la que

hay separatividad, en la que hay conflicto de uno contra otro; mientras que la conciencia es aquel estado del yo en el que existe toda conciencia individual, que está más allá del tiempo y del espacio, aunque el tiempo y el espacio residan en esa conciencia. Esta perdurable felicidad consciente es el ser positivo. La autoconciencia individual conoce la decadencia, perece, nace y muere; mientras que la conciencia permanente no conoce la decadencia; es continua. A esto que no cambia no podéis atribuirle—por vuestros caprichos, por los nacimientos y muertes, por esta variedad de cambios—autoconciencia individual. Debéis mirarla de manera absolutamente impersonal, y este cuidado impersonal asegura la incorruptibilidad de la autodisciplina.

Pregunta: Para todos nosotros, actualmente, el amor significa amor por otro individuo. La idea de muerte es agonía, porque representa la separación del individuo o individuos que amamos. Por eso nos volvemos a la religión, a la teosofía o al espiritismo, y hallamos consuelo en sus diversas teorías, que nos dan esperanza de volver a reunirnos con los que amamos. Entiendo que, desde vuestro punto de vista, esta esperanza y este anhelo de consuelo no sólo son ilusorios, sino que, además, el deseo de prolongar la individualidad en nosotros mismos o en otros, no es más que invitar al dolor, puesto que es continuar en la limitación. En cambio, si podemos realizar el ser puro, experimentaremos en su totalidad ese gozo que en grado infinitesimal hemos conocido en el amor individual. ¿Es esto lo que queréis decir?

KRISHNAMURTI: El dolor causado por la muerte no es más que otro modo de daros cuenta de que vosotros, como individuos, sois seres separados; por eso existe la soledad. Esa soledad se produce porque dedicáis vuestro amor a otro ser que conoce su individualidad, y así, cuando esa persona muere—como tiene que ocurrir—viene el dolor. Pero si os dais cuenta de las cosas—por el esfuerzo, por la pureza de conducta en la que no existe sentimiento de separación—vuestro amor (en el que van incluidos el odio, los celos, la envidia, la codicia: todos los opuestos), en lugar de estar ligado a

existencias individuales, se convierte en su propia continuación, su propia eternidad. Por existir en vuestra conciencia la separación, el conocimiento de la individualidad, del «tú» y el «yo», tiene que haber dolor. Cuando os dais cuenta de la separación, es que hay limitación, y al despertarse ésta se produce el sufrimiento. Si vuestro amor no es sino externo, o sea la manifestación de lo real, habrá dolor; pero si amáis la realidad en todas las cosas, aunque las expresiones puedan variar, habrá continuidad en el amor. Todo el que sufre busca una explicación del sufrimiento, una explicac'ón que disipe el dolor producido por la separación. Si muere algún ser querido, deseáis estar unidos a ese individuo en otros planos de conciencia, en otros planos fenomenales. Deberíais considerar el asunto desde el punto de vista de la continuidad de la existencia. Miráis al amor —en el que van incluidos el odio, la codicia y todos los opuestos— desde el punto de vista de la individualidad autoconsciente, y queréis que esa individualidad se prolongue en el tiempo; esto es, queréis que se dilate continuamente. Si supierais que la individuaidad es una limitación, que el objeto de la existencia individual es comprender la unidad de la vida, llegar a la existencia pura sin esfuerzo, entonces, por medio de la lucha os daríais cuenta de que en esa unidad todos los individuos separados están unidos. Entonces ya no pediríais uniros al que amáis como entidad separada.

Pregunta: En contestación a la pregunta: «¿Por qué estamos aquí?» dijisteis en Ojai que el hombre se desarrolla desde la perfección inconsciente, pasando por la imperfección consciente, hasta la perfección consciente. ¿Podéis explicarnos la necesidad de esto? ¿Por qué está la perfección inconsciente al principio?

KRISHNAMURTI. *«¿Podéis explicarnos la necesidad de esto?»* No puedo. Ahí lo tenéis. Podéis tener una teoría, yo os puedo dar una teoría; pero ¿de qué sirven las teorías? Cuando yo empleo la palabras «perfección inconsciente», quiero decir que la Naturaleza encierra en sí la vida, y que la Naturaleza se completa en la conciencia individual que se da cuenta de la separación, y esto es imperfección consciente, esfuerzo, lucha, nacimiento y muerte, aflicción, dolor,

gozo, variedad de costumbres, cambio de placeres. La conciencia individual llega a su plenitud en el ser consciente, lo que es la felicidad pura. Ahora bien, ¿queréis saber por qué la perfección es inconsciente al principio? En la Naturaleza hay perfección inconsciente porque la Naturaleza es instintiva, mientras que el propósito del hombre es transformar ese instinto en razón por medio del esfuerzo.

Pregunta: ¿Por qué decís: «La vida es creación», en lugar de: «La vida es creadora»? ¿No es creación la cosa formada, y no es la vida el principio de esa formación?

KRISHNAMURTI: Para mí la vida es tanto el creador como lo creado, el sujeto como el objeto, lo manifestado como lo no manifestado. Desde el punto de vista de la vida total no hay objeto ni sujeto. Aquello en que existen toda individualidad, toda separatividad, no puede conocer el objeto ni el sujeto. Lo es todo. No se da cuenta de la cosa creada como algo aparte de sí mismo. El hombre separado conoce el sujeto y el objeto; pero lo que es ambos, objeto y sujeto, no puede darse cuenta ni del uno ni del otro.

Pregunta: Decís, según entiendo, que el hombre que ha alcanzado la plenitud actúa perpetuamente con el equilibrio de la razón y el amor, que es ser sin esfuerzo. Esto es acción pura. Los que no han alcanzado la plenitud reaccionan a esta emanación, cada cual según su grado de comprensión. ¿No determina esta reaccion las condiciones y circunstancias de la vida personificada del iluminado? ¿No determina esto, en verdad, su misma personificación? Si la acción pura no produjera reacción, ¿cesaría la existencia física? ¿No se funda la existencia física en la acción y la reacción? En otras palabras, ¿es la personalidad física del hombre liberado, perceptible sólo para el que reacciona; y cuando éste actúe también de manera pura, no trascenderán ambos lo físico por haber descubierto el «yo», en el que no hay separación, dualidad ni limitación? En este punto, ¿qué percibiría el individuo no iluminado? ¿Se daría cuenta de dos personalidades separadas cada una de las cuales había alcanzado la plenitud, y a cuya acción pura él reacciona? Si estas dos fueran percep-

tibles como dos a la conciencia que reacciona, ¿cómo aparecerían la una para la otra?

KRISHNAMURTI: Esta pregunta, en la que hay tantas preguntas, se hace desde el punto de vista de la reacción. Pero yo hablo de la acción como yendo hacia fuera, lo que, para mí, es acción pura; mientras que la reacción se vuelve hacia dentro. Ahora bien, esta acción pura es la consecuencia del perfecto equilibrio entre la razón y el amor; y esta armonía conduce a la intuición, el fin del pensamiento y la meta del sentimiento. Así, pues, el hombre que actúa con pureza, actúa siempre con ese equilibrio, sin tener en cuenta las circunstancias, el medio ambiente ni las relaciones especiales. Pero la reacción depende de estas cosas, y se vuelve hacia dentro. En la acción pura no existe sentimiento alguno de separatividad.

Pregunta: ¿Aparece la vida, para cuya realización lucha el individuo, de manera diferente a los diferentes temperamentos?

KRISHNAMURTI: No, ciertamente. Existen los temperamentos a causa de las existencias individuales separadas; pero lo que desconoce la separación no puede traducirse en temperamentos; no podéis aproximaros a ello por medio de un temperamento particular. Si lo miráis desde el punto de vista de la parte, no veréis el conjunto y, naturalmente, éste os aparecerá en términos de la parte, y por eso tomaréis la parte como temperamento. A través de un temperamento no podréis percibir lo que está sobre todos ellos. Conforme las personas se dan cuenta de la vida, pueden interpretarla de manera diferente, empleando términos distintos, diferentes lenguas, pero siempre será el mismo cuadro. Es como dos artistas que pintan la misma escena. Si tratáis de buscar la unidad en los lienzos de esos dos cuadros, quedaréis confundidos por completo; mas si percibís la escena misma, encontraréis allí la unidad que ha sido interpretada en dos expresiones diferentes. Pues bien, las expresiones son los temperamentos, y en éstos no puede haber unidad; pero la hay en lo que crea los temperamentos.

Pregunta: ¿Tenéis la bondad de hablarnos algo más respecto a

la distinción entre temperamento individual y lo que habéis llamado singularidad individual?

KRISHNAMURTI: El temperamento individual varía, mientras que la singularidad individual es constante hasta llegar a su plenitud. El temperamento individual depende del nacimiento, e implica cambio de medio, personalidad, conciencia de raza, herencia, etc. La singularidad individual es constante a través del nacimiento y la muerte, es la sola guía en vuestra existencia como individuos separados hasta que alcanzáis la meta.

Pregunta: ¿De qué manera podría yo mejor probarme para averiguar si realmente quiero esa verdad de que habláis, o si sólo estoy interesado en ella superficialmente?

KRISHNAMURTI: Podréis averiguar eso únicamente poniendo en práctica lo poco que hayáis podido entender de esa realidad de que yo hablo. Al poner en práctica lo que hayáis comprendido, pronto averiguaréis cuánto deseo hay en vosotros de conquistar la totalidad. En tiempos antiguos, los que deseaban encontrar la verdad abandonaban el mundo y se retiraban a la vida monástica o ascética. Ahora el esfuerzo debéis hacerlo donde estáis, dentro de vosotros mismos, rodeados de toda clase de confusiones, de ideas contradictorias, de lo que llamáis tentaciones. (Desde mi punto de vista no existe la «tentación»). Si yo formara un grupo exclusivo de ascetas, quizá os uniríais a él—o más bien es probable que no os uniérais, porque requeriría demasiada energía por vuestra parte, demasiada incomodidad—pero eso sería tan sólo un reconocimiento superficial de lo que queréis realizar.

El hecho de quitaros un vestido para adoptar otro no ha de fortaleceros en vuestro deseo. Lo que os fortalece es el mismo deseo. Al vigilar, al guiar ese deseo, al recogeros continuamente en vuestra conducta, en vuestro pensamiento, en vuestras acciones, en vuestro proceder, al ajustaros todo el tiempo a aquello que comprendéis que es el objeto de la existencia individual, es como únicamente encontraréis la prueba positiva; no al pertenecer a sectas, sociedades,

grupos y órdenes. Entonces utilizáis la experiencia y no os convertís en sus esclavos. Así, pues, la conducta pura requiere pureza de pensamiento. La «pureza» a que me refiero es la realizada por la razón, no por la sentimentalidad de las creencias. La razón es la esencia de vuestra experiencia—o de la experiencia de otro que hayáis examinado impersonalmente, sin el deseo de comodidad o de autoridad—que hayáis analizado y criticado de manera impersonal. Esa es la única prueba y la sola cosa de valor en la vida—no las innumerables teorías.

Al escuchar lo que he dicho acerca de la acción pura, de la comprensión y del ser puro, no os perdáis en abstracciones y metafísicas, y olvidéis la conducta diaria, la manera de vivir, el modo de *ser*. Podéis teorizar acerca del ser puro o la felicidad o como queráis denominarlo, pero si tenéis celos y envidias, si tenéis ansia de posesiones, si sois crueles, irreflexivos, inconsiderados, ¿de qué valen vuestras teorías? Para llegar a la realidad debéis estar libres de estas cosas, y para conseguirlo debéis tener una comprensiva visión de esa realidad, y ponerla en práctica; de otro modo quedaréis presos de meras expresiones.

Pregunta: Mi deseo es estar siempre con usted. Lo he suprimido conscientemente y reprimido inconscientemente. ¿Cómo podré aprender a dominarlo?

KRISHNAMURTI: ¡Yo creo que esto debiera de ponerse en poesía! ¿Dominar qué? ¿El deseo de estar con alguien? Si hacéis personal vuestro amor, tendréis aflicción, dolor, lucha, limitación impuesta sobre esa eternidad que es el Amor mismo. Mientras estéis separados y conozcáis esa separación, os aguarda el dolor. Esto que es mi personalidad, el «yo», muere, y si confiáis en ello, tendréis dolor. Pero si os dais cuenta de la vida misma que alienta en todo, en cada ser humano, y amáis esa vida, entonces el cambio de formas, de manifestaciones, de expresiones, no os complicará en su dolor.

Pregunta: Decís que «en un momento existe todo el tiempo», y

que «para el hombre liberado no existe el tiempo». ¿Implica la última afirmación, tomada conjuntamente con la primera, que es posible sustituir la falta de experiencia por la comprensión intuitiva? ¿Y cómo es esto, ya que también se nos dice que «el verdadero valor requiere experiencia»?

KRISHNAMURTI: He dicho que para el hombre liberado no existe el tiempo; pero existe para el hombre en la aflicción. Esperáis al futuro para comprender, con la idea de que algún día llegaréis a conseguirlo; y posponéis ese día indefinidamente a causa de la torpe indolencia de la energía embotada. Posponéis el comprender porque no tenéis intenso deseo de conseguirlo. Si lo tuvierais, no querrías dejarlo para más adelante. Con ese intenso deseo viviríais y asimilaríais cada una de las experiencias que pasarais, y así os libertaríaís de todas ellas. Para vivir en ese momento en el que existe toda la eternidad (cada momento es toda la eternidad), debéis estar sumamente concentrados, y daros cuenta del ser interno, al que se llega venciendo una resistencia continua. Entonces tendréis este ser que no se esfuerza—lo que no quiere decir dormido o de condición estática. Entonces *seréis.* Lo seréis todo; y para vosotros, cada momento será la eternidad, porque nunca saldréis de él. Ya no os interesarán el futuro ni el pasado, porque en ese momento existirá todo el tiempo. Tratad por una vez siquiera de vivir con esa concentración que requiere ser impersonal y librarse del esfuerzo individual autoconsciente, siendo bondadosos. A todos es posible realizar ese esfuerzo, si tienen el deseo que a ello los impulse. No busquéis, pues, disciplinas ni guías externos para forzaros a esta concentración; pero examinad cada experiencia, cada pensamiento. El deseo en su ávido movimiento impulsor hacia adelante en busca de felicidad, establecerá en vosotros esa disciplina de concentración que es la conducta pura.

Pregunta: Si yo me domino con lo que creo ser disciplina impuesta por mí mismo, con comprensión, y a pesar de ello encuentro que el resultado es amargura, atolondramiento y mal humor, ¿dónde está la causa? ¿Está en una comprensión defectuosa?

KRISHNAMURTI: Por «comprensión» quiero decir la comprensión del objeto de la existencia individual, que no es conocer la separatividad. Mientras os deis cuenta de la separatividad, habrá amargura, atolondramiento, descuido, crueldad, codicia, celos y envidia. Pero si comprendéis el objeto de esta existencia individual autoconsciente, que es darse cuenta de la unidad de la vida, entonces, esa comprensión disciplinada no producirá amargura, atolondramiento ni mal humor. Os imponéis la disciplina a causa del dolor, y después, porque con ella no lográis la plenitud, tenéis amargura. Pero si vuestra percepción lo incluyera todo y no advirtiera la separación, no tendríais amargura.

REALIZACIÓN ESPIRITUAL

CHARLA POR KRISHNAMURTI

Viernes, 25 de Julio. Reunión estival.

En años anteriores habéis venido al Campamento y a estas reuniones previas con muchas ideas confusas. Alrededor de una cierta persona se reunió una gran multitud de todas partes del mundo. Esa multitud, que estaba organizada, se ha disuelto. Como a esos individuos los atraía una personalidad más que la realidad central, se marcharán naturalmente cada vez más de este grupo, y serán cada vez menos los que quieran concentrarse y poner toda su atención en aquella realidad. No digo esto como amenaza. Es natural que así sea. Sólo puede haber unos pocos que quieran concentrarse, que quieran dedicar su vida entera, su entusiasmo, su interés, a esta sola cosa que reconocen como la fuerza central y dinámica en la vida.

A esta realidad no se llega por la razón, sino por la experiencia. Cuando se acerca uno a ella por el camino de la experiencia, se tiene constante adaptación, continuo enfoque de pensamiento, de emoción, separación constante de lo no esencial. Ahora bien, por lo que a mí se refiere, ya he realizado esto, pero es muy difícil describir lo que sólo es realizable. Es sutil, naturalmente, porque es la totalida

de la vida. Podemos discutirlo, disecarlo, despedazarlo; pero a esa realidad central, que para mí es absoluta e ilimitada, sólo podemos aproximarnos con afecto y con deseo de comprender. Pero debéis aproximaros a ella desligados de la persona que habla y de vuestras propias ilusiones.

Siempre que haya lucha contra la ignorancia, que es la mezcla de lo esencial y lo no esencial, y siempre que haya lucha contra la limitación del pensamiento, la razón y la emoción, vendrá por esa lucha el descubrimiento de la individualidad—el sentimiento vivo de la separatividad, que no existe en la Naturaleza inconsciente, sino tan sólo en el hombre que se da cuenta de su lucha contra la ignorancia, contra la limitación. Por eso existe en el hombre esa dualidad de «tú» y «yo». Cuando vosotros, como individuos que conocéis la separación, la hayáis trascendido, dejaréis de estar en la ilusión. En este conflicto de la individualidad despierta que percibe la separación, en esta lucha, en esta pugna, tiene que haber ilusión porque ésta se crea por el deseo de comodidad.

El deseo de comodidad es la consecuencia del temor. Cuando teméis, buscáis amparo contra la lucha de la vida, y tratáis de amoldar vuestra conducta—y, por tanto, vosotros mismos—según un tipo, un patrón, un sistema. Son también ilusiones el anhelo de continuación de la propia individualidad, y las innumerables cuestiones que surgen de ese anhelo—¿estará uno unido después de la muerte con los seres queridos? ¿qué sucederá cuando uno se muera? ¿continuará existiendo, y volverá en otro cuerpo? y si es así, ¿de qué manera? Todo esto no es más que apetencia de que continúe en el tiempo la propia individualidad. Siempre que hay ilusión se busca el consuelo, la persistencia de la existencia individual.

Hay que comprender que este apego del deseo por las personas, por desarrollo de la propia personalidad, por la continuación del «yo», es una ilusión; y cuando uno se ha dado cuenta de esto, nace en su lugar la fe. Por fe no quiero expresar la que se tiene en otra persona, por muy evolucionada y superior que sea, sino fe en la realidad que existe dentro de uno mismo. Eso es lo que yo llamo verdadera fe; darse cuenta de que dentro de uno mismo yace la potencialidad

de todo, y de que la propia labor consiste en comprender y ser esa realidad. Cuando se posee tal fe, existe la certeza del propósito individual, el anhelo concentrado de unirse con la totalidad, en la que no hay separación ni diferencia de «objeto» y «sujeto». De aquí viene el recogimiento, la continua vigilancia, que es concentración sobre todo lo que se está haciendo. Más tarde, se hace espontáneo este recogimiento; pues es vuestro propio deseo el que os incita de continuo a purificar más y más vuestra conducta, y con este fin, a purificar vuestras emociones y vuestro pensamiento. Es vuestro propio deseo que surge de una clara comprensión del objeto de la existencia individual.

La conducta que nace de la pureza de emoción y pensamiento, y de la comprensión intuitiva, no complicará, no actuará como jaula, sino como instrumento de comprensión. La conducta es el camino de la vida, el camino hacia esa suprema y serena realidad que todos deben comprender, porque en todos es potencial la vida, aunque mantenida en cautiverio. Para eso no se necesitan discusiones metafísicas.

Dondequiera que hay dolor, es el resultado de la lucha para distinguir entre lo esencial y lo no esencial. Todos se dan cuenta de la felicidad, la aflicción y el placer; y al ajustarse a este cambio continuo viene el dolor. Así surge un deseo de combatir el dolor, de escapar de él y de considerarlo como una cosa terrible; cuando el dolor y el placer son igualmente el terreno en que se crece, enel que se puede disminuir el sentimiento de separatividad—que es el verdadero desarrollo.

En cada uno debe nacer esta fe de la certidumbre. No viene por la razón, sino por los continuos tanteos de la experiencia, incitada por el deseo en su pesquisa de la última realidad. Como he dicho con tanta frecuencia, la realización espiritual es para todos, porque esta realidad existe dentro de cada uno. Sin embargo, sólo unos cuantos pueden concentrarse, pueden estar alerta todo el tiempo, ajustándose con vigilancia continua y seleccionando, infatigables, lo esencial, y pueden llegar así a darse cuenta cada vez más de esa existencia y ese ser, que no se esfuerzan, serenos, supremos.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Viernes, 25 de Julio. (Cont.)

Pregunta: He sido y soy víctima de la falta de interés y entusiasmo en la vida. Me he examinado a mí mismo y a cuantos me rodean y he llegado a comprender que la causa reside dentro de mí mismo. Hace tres años os oí por primera vez la verdad vital de que el camino de la liberación y de la real y última felicidad se consigue mediante la apropiada comprensión de la naturaleza del verdadero amor; no de modo abstracto, sino en la vida actual; que la limitación no existe ya para aquel cuyo amor puede trascender lo particular, cuyo afecto no está confinado en un solo individuo y que, sin embargo, no ha perdido en intensidad y calidad al hacerse impersonal. En aquel tiempo no tenía más que un concepto intelectual de esa gran verdad, aunque claro. Pasados los años, habiendo pensado en ello repetidamente, y por el sufrimiento y el esfuerzo constante he conseguido desgastar, de modo realmente considerable, esta escara particular del yo, y puedo ahora internarme más en la verdad. Comprendo que ha desaparecido una gran barrera, una barrera puesta por mí, que he considerado como una posible causa de mi condición; lo mismo he observado en otros. No obstante, me hallo aún falto de entusiasmo e imposibilitado para sentir un interés agudo por la vida que me rodea. Pertenezco todavía al tipo blasé. *(1) Creo que nadie podrá sacarme de este tejido muerto más que yo mismo. Quizá podáis, por haber logrado y mantenido en sí mismo la realización de la vida, indicarme las causas posibles de este estado particular que me parece más un caso típico que un caso único.*

KRISHNAMURTI: En este caso la falta de interés proviene de buscar la felicidad por un camino negativo. Me explicaré. El interés es la única causa del entusiasmo sostenido—me refiero al interés profundamente arraigado, no al interés por las cosas pasajeras. Cuando

(1) Blasé=Palabra francesa que significa ***disgustado de todo***, «sin gustos» que se diría en español.

el interés reside en las cosas mudables, el entusiasmo se disipa. Pero si el interés por esa fe, por esa certidumbre, por ese recogimiento se ha establecido mediante el sufrimiento, el constante razonar, la aspiración, la selección y el discernimiento, entonces este interés asegura y mantiene el entusiasmo. Por consiguiente, tenemos que hallar dónde está nuestro interés, no dónde está nuestro entusiasmo. El entusiasmo no es más que el resultado del interés. A mí me interesa la vida y por eso vigilo constantemente—os ruego no interpretéis mal—estoy atento a la manera de poner en palabras lo que he realizado, cómo pintarlo de modo que aparezca claro a la mente de los demás para que lo discutan y razonen. Pero si yo no estuviera interesado, me faltaría el entusiasmo y me alejaría del conflicto.

El amor no es cualitativo ni cuantitativo. Para amar al uno en la multitud hay que llegar a amar a la multitud en uno. Pero esto requiere gran sufrimiento, mucha comprensión, gran discernimiento y vigilancia. Ante todo existe la reacción del amor; amáis a alguien que os agrada y os corresponde: es un pacto. Luego viene el sufrimiento, la inseguridad y la indiferencia. Este amor no es positivo, mientras que sí lo es el amor que es acción pura. Vuestro amor pasa por el proceso de reacción e indiferencia hasta que se convierte en acción pura. El que ama lo particular, si se da cuenta de que es un prisionero de esa particularidad, y por lo tanto limitado, tiene que pasar por el sufrimiento, por el flujo y reflujo de la felicidad y la desgracia, hasta que llegue al estado de indiferencia que se describe en esta pregunta. Indiferencia es incapacidad tanto de reacción como de acción pura; no es sino un estado negativo del ser. Por ser negación, hay todavía aflicción, dolor y placer; y busca aún esa acción pura que es positivo ser. Es como procede la vida; al trascender la reacción se encuentra primero la indiferencia y, a través de ella, el positivo ser. Dichoso el hombre que se da cuenta de hallarse en el estado de indiferencia o de reacción, porque es señal de que aún busca, y en esta búsqueda está su liberación—no en estar contento y satisfecho.

Pregunta: Parece desprenderse de lo que decís que, a fin de li-

bertarse de las limitaciones de la individualidad, es preciso desear la liberación. La inmensa mayoría de las gentes no tienen tal deseo. Ellas se encuentran, en verdad, todavía en el proceso de hacerse cada vez más conscientes y separadas. Morirán como son. Y, o bien reencarnan para continuar la lucha hasta que el sufrimiento cambie sus deseos—y volvemos a la reencarnación, una teoría sin pruebas para la mayoría, como ya habéis dicho—o serán reabsorbidas en la totalidad como un proceso automático inconsciente. En cualquier caso que esto suceda, la lucha no tiene finalidad. Aun reconociendo que el curso ordinario de la evolución en el tiempo puede ser trascendido por el deseo intenso de alcanzar el objetivo, precisa preguntar: ¿Qué pasa con la mayoría que no tiene ese deseo?

KRISHNAMURTI: La pregunta es: ¿Tiene la mayoría que sufrir y reencarnar o ser absorbida? La mayoría se mantiene entre el «tú» y el «yo» de las existencias separadas. Esta mayoría está condicionada por las circunstancias, por el «tú» y el «yo» del ser separado, por el medio ambiente, por las categorías sociales y políticas, etc. Mas cuando realizáis que vosotros, como personas conscientes de la separación y en quienes existe el «tú» y el «yo», estáis disminuyendo y disipando la sensación de separatividad, entonces establecéis un nuevo estado, y esa mayoría desaparece. Esto no es una simple teoría; os ruego penséis en ello y veréis lo que significa. Las minorías crean ambientes distintos con sus esfuerzos, con su concentración y crean mundos nuevos, nuevas ordenaciones de las cosas.

No se trata de mayorías sino de vosotros—los que os halláis sentados en frente de mí—ya estéis haciendo verdaderamente ese esfuerzo concentrado o esperando que el ritmo del tiempo os empuje hacia esa realización. El término medio, la mayoría sois vosotros. Conscientes de la sensación de separatividad—como «tú» y «yo»—creais por ello mismo un mundo de crueldad, codicia y posesiones: una multitud de horrores que proceden del egoismo de la separatividad. No busquéis en otros los cambios de la mayoría, sino ved cómo cambia la mayoría en vosotros.

Pregunta: Muchos de los que aquí nos reunimos, para concen-

trar nuestros esfuerzos, jugamos, bailamos y fumamos. ¿Creeis que estas cosas disipan innecesariamente nuestras energías e impiden la concentración?

KRISHNAMURTI: Eso depende de cada uno. La mayor parte de la gente en el mundo suprime sus deseos por temor, sin comprensión, porque creen que la espiritualidad que buscan reside en la supresión. Crecen reprimiéndose y vuelven de este modo al estado en que se encontraban cuando tenían veinte años; han perdido el tiempo. Si vivís según vuestra edad siempre, no hay necesidad de malgastar la concentración. Creo que hay en América un *slogan* que dice: «Vivid vuestra edad», que se puede aplicar muy bien la momento presente. No está bien comportarse, cuando se tienen cincuenta años, como un muchacho de veinte. No voy a sentar una ley sobre si se debe o no se debe bailar, fumar y jugar a los deportes. La cuestión está en el valor que concedáis a estas cosas, y depende de lo que ellas os esclavicen. Para hallar cuanto dependéis de ellas, como prueba de esa dependencia, tenéis que dejarlas—no digo que *debáis* dejarlas, sino que tenéis que probaros a vosotros mismos y hallar dónde reside vuestro verdadero interés. No hago objeción alguna respecto al jugar, fumar, bailar, ni a ningún otro entretenimiento. Pero la pregunta que debéis haceros es la siguiente: ¿Por qué estoy aquí? Os ruego huyáis de los artificios; de otro modo, no os servirá de nada. Si vuestro deseo es divertiros, dedicaos al baile, a los juegos deportivos, al *bridge* o a cualquier otra diversión; mas si queréis alguna otra cosa, concentrad vuestra atención sobre ella.

Pregunta: Habláis frecuentemente de la felicidad como objetivo de la vida. A medida que crezco en la vida, veo que la felicidad y la desgracia van significando cada vez menos. Ocupan su lugar la certidumbre, la realidad, comparado con las cuales la felicidad y la desgracia son como el movimiento ascendente y descendente de las olas en el océano. Aquella realidad es mi objetivo, ya me haga feliz o desgraciado. Creo que al alcanzarla se encuentra uno de hecho más allá de la felicidad y de la desgracia. Así pues, ¿por qué hablar

de la felicidad como objetivo de la vida? No es precisamente cuestión de términos.

KRISHNAMURTI: La vida, como tal, no tiene propósito, no tiene objetivo; pero lo tiene la existencia individual, que consiste en realizar ese ser en el cual no hay «tú» ni «yo», en el que no hay separación entre el sujeto y el objeto, en el que hay absoluta unidad de ser. A esto podéis llamarlo intuición, felicidad o liberación. Uso la palabra felicidad porque el estado en el que existe tanto la felicidad como la desgracia es meramente negativo, mientras que ese estado de bienaventuranza es positivo. Nos vemos precisados, desgraciadamente, a usar palabras para tratar de expresar lo que queremos significar pero que no lo pueden describir totalmente por mucho que nos esforcemos.

¿Cómo podéis describir a un ciego la belleza de una salida o de una puesta de sol? Podéis intentarlo. Podéis decir: es calor, es luz, es esto o lo otro; pero la belleza real, para ser completamente realizada, tiene que verse. Las palabras, pueden, sin embargo, servir de puente. Uso las palabras corrientes con una intención perfectamente definida y las doy un nuevo significado. Para mí ese estado de felicidad e infelicidad alternas, análogo al flujo y reflujo del mar, no es sino un estado de negación, una condición negativa. Mientras que el estado positivo es Ser—aquella bienaventuranza, esencia de toda felicidad y de toda desgracia—la que no es necesario llamar «felicidad» si no queréis llamarla así. Es liberación de toda limitación tanto de la emoción como de la razón; y, sin embargo, es el objetivo de toda razón, de toda emoción y de todo pensamiento. Para mí esta felicidad es una condición en la que existen todos los estados de felicidad y que no depende de los cambios de placer y dolor. Para conseguir esa realidad suprema tenéis que pasar por la duda, la fe, la certeza, el recogimiento, que implican felicidad, desgracia, aflicción, dolor, alegría, envidia, codicia—todos ellos no son, sin embargo, más que peldaños de una escala. Cuando hayáis llegado al último peldaño ya no dependeréis de los inferiores. El más alto es el positivo y podéis darle el nombre que os plazca. Por eso estoy dispuesto a

admitir otro nombre distinto. El nombre no es lo que importa; lo importante es que es positivo. Esta suprema cualidad positiva es la esencia de lo positivo y de lo negativo, es la quintaesencia de todas las cosas en su variedad de expresión, cambio y modo y, por consiguiente, es la Vida misma.

Pregunta: En todas las condiciones de vida, en esta encarnación, como mujer soltera y como esposa, madre o viuda, he tenido que ser siempre el pilar que ha sostenido el edificio familar. Nunca he carecido de nada, excepto de tiempo; pero siempre he estado sola ideológicamente. Ahora, a los setenta años de edad, estoy decidida a aprovechar el privilegio de liberación que ofrecéis a la humanidad; y pregunto: ¿puedo conseguir la liberación ahora, tal como soy, con objeto de ayudar a la humanidad, como siempre me he esforzado en hacerlo, pero con mayor certeza y eficacia?

KRISHNAMURTI: Si es posible decirlo, sin crear la confusión o mala interpretación, no es cuestión de ayudar al mundo. Lo haréis automática y espontáneamente como lo hacen todas las cosas bellas, La belleza y la virtud son inconscientes; sólo el vicio es consciente, porque el vicio es esfuerzo, lucha contra las cosas, adaptación. Por lo tanto, la pregunta queda reducida a: «¿Puedo a mi edad lograr y realizar?» De nuevo, eso no es cuestión de edad. La vida no está limitada por la edad. El cuerpo se estropea como un traje, así pues, la pregunta es: ¿Puedo en cualquier tiempo, en la vejez o en la juventud, lograr? Ciertamente, todos pueden hacerlo, si están dispuestos a concentrarse, a tener intensa fe. No interpretéis equivocadamente lo que yo entiendo por fe. No me refiero a la fe en algo externo; sino la realización de que, dentro de uno mismo, reside la totalidad, la potencialidad y la certeza. Con esa fe, todos pueden alcanzar. No está reservada a unos cuantos. Pero ese deseo, esa intensidad, depende de vuestro esfuerzo, de vuestro interés—y de ello vosotros sólos podéis juzgar. Por lo tanto, no es asunto de edad o medio ambiente.

Pregunta: Cuando se ha realizado ese estado de la mente y del corazón en el que se ha fijado cierto desasimiento, calma y fuerza,

¿por qué persiste la ilusión de soledad? Aun la interna percepción de la belleza no suprime ese sentimiento de soledad. ¿Por qué hace falta tanto esfuerzo para vencerlo?

KRISHNAMURTI: La soledad es consecuencia del sentimiento de separatividad, y ésta es la cosa más difícil de suprimir; cuando se ha conseguido suprimir desaparece la sensación de soledad, el «tú» y el «yo» como seres separados. Tiene que haber diferentes y multiformes expresiones de vida, pero ésta es esencialmente una. Para el que ha realizado la unidad de todas las cosas, no existe la amargura de la soledad.

Pregunta: ¿Cuál es el verdadero lugar de la soledad en la eterna realidad de la vida?

KRISHNAMURTI: No tiene sitio en la realidad. Ocupa el mismo lugar en la experiencia que el deseo de estar con mucha gente o con una persona amada. Ambos son el terreno en que se fija la individualidad, la sensación de separatividad. Para gastar esta individualidad y descubrir lo esencial entre lo no esencial son necesarias todas las clases de terrenos: amor, odio, celos, codicia, acción, inacción, soledad, deseo de estar acompañado: todos son precisos. El que depende de cualquiera de ellos, conoce la separación y es un prisionero de la desgracia, de la limitación, de la aflicción y del dolor.

Pregunta: La soledad, para mí, no es simplemente la sensación de separación y aislamiento. Es algo universal. Todo ser sufre por la soledad en cierta medida; existe en la humanidad y, por lo tanto, no es mía exclusivamente esa enfermedad. ¿Cómo puedo conquistarla?

KRISHNAMURTI: Todo ser humano conoce la sensación de separatividad; es, pues, universal en el sentido de que existe en el corazón y en la mente de cada hombre. Para el que se ha salido de este océano de aflicción, de separatividad, no hay soledad; aunque, visto desde el océano de aflicción, pueda un hombre tal parecer que esté sólo.

Pregunta: ¿Qué pensáis de la modestia?

KRISHNAMURTI: La modestia es humildad, conducta respetuosa hacia los demás, en el verdadero sentido de anularse uno a sí mismo. Interpretando esta anulación como desconocer el «tú» y el «yo» — humildad substantiva, no hipócrita. La humildad es la esencia de la modestia que es, después de todo, el desconocimiento de que sois, como individuos, seres separados. Así, lo respetáis todo, y no os presentáis como individuos ante los demás. Todos están sujetos a la adulación, mientras existe esa tristeza de la separación. Pero la adulación y la injuria son la misma cosa para el que no conoce la división. Se alcanza la humildad por la constante vigilancia sobre vuestros actos, ya sea en el juego, en la mesa, en el baile o en cualquier otro sitio: Esa persona será, pues, serena, firme, suprema y no le afectarán ni la adulación, ni el insulto, ni las posesiones, ni la pobreza. Está más allá de todas las garras de la limitación.

Pregunta: ¿Conocéis otras personas, después de Jesús, que se hayan liberado, según vuestro punto de vista? No es que yo trate de seguirlos, sino que deseo estudiar sus vidas y actos en el mundo de la manifestación. ¿Es la liberación una cosa tan difícil de conseguir que, en la historia del mundo encontramos tan pocas personas liberadas?

KRISHNAMURTI: No es difícil conseguir la liberación. Lo difícil es mantener la concentración, el esfuerzo persistente, y de aquí que sean tan pocos. No es difícil llegar a aquello que está en todas las cosas, ni difícil realizarlo; pero hay muchas cosas entre vosotros y esa realización que, mediante el esfuerzo continuo, la selección y el discernimiento, debéis evitar y apartar. Esto requiere intensa fe, recogimiento, concentración y persistente energía. Son muy pocos los que están dispuestos a hacer ese esfuerzo y por eso son pocos los que lo consiguen. Otra vez abordáis la cuestión desde el punto de vista de la separatividad, como si fuera algo exclusivo para unos cuantos. ¿Cómo va a ser para unos cuantos si esa realidad está en todas las cosas y en cada persona?

REVISTA DE LA ESTRELLA

En nuestro número de Noviembre anunciamos que el nombre del *Boletín Internacional de la Estrella* sería cambiado, a partir de Enero de 1931, por otro más descriptivo del carácter y contenido de esta revista. Se ha visto, sin embargo, que un cambio radical de nombre no es aconsejable, y hemos adoptado el de REVISTA DE LA ESTRELLA

Puesto que Krishnaji disolvió el año pasado la Orden de la Estrella, muchos opinan que la palabra «estrella» no debe usarse más en relación con sus escritos o actividades. Como símbolo ha perdido su significado, aparte de que los símbolos no nos son necesarios. Por otro lado, el nombre «estrella» está, en la mente del público, firmemente asociado con las actividades dedicadas a difundir las ideas de Krishnaji, y requeriría un esfuerzo considerable desarraigarlo. De habernos sido posible hallar el nombre perfecto, hubiéramos hecho este esfuerzo.

Considerándolo todo, hemos decidido abandonar la palabra «boletín», que sugiere una organización que ya no existe, y mantener la palabra «estrella», adoptando como nombre para esta publicación el de REVISTA DE LA ESTRELLA.

IMPRENTA IZAGUIRRE, CHURRUCA, 17, MADRID